

LA ACCIÓN DEL TERRORISMO

*Jaime Sepúlveda Cox **

Introducción.

Las imágenes del desplome de las torres gemelas de Nueva York, que en tiempo real fueron observadas por toda la humanidad el 11 de septiembre recién pasado, sacudieron al mundo y lo hicieron tomar verdadera conciencia de los alcances que presenta la amenaza terrorista y de las secuelas de muerte y destrucción que deja a su paso, cualquiera sea el contexto en el que se aplica esta verdadera estrategia destinada a desestabilizar sistemas y a hacerse sentir bajo el amparo de la destrucción y el miedo.

En los últimos cincuenta años hemos sido testigos de la intensificación del accionar terrorista, el cual, aprovechando toda la gama de motivaciones políticas, económicas, religiosas y sociales -unas reales y otras inducidas- se ha esparcido por el mundo alcanzando hasta los rincones más seguros, dejando la sensación que en la práctica casi ninguna nación está libre del nefasto efecto que provoca como consecuencia del ataque anónimo, sangriento, destructivo, espectacular, que aparece en una región y que se extingue en corto tiempo, o que al contrario perdura, obligando a quienes se oponen a una lucha costosa, difícil y muchas veces no comprendida por el resto del mundo.

Aún cuando el término "Terrorismo" data sólo de unos doscientos años, la violencia política ha existido desde que existen los antagonismos y el poder, por lo cual podemos considerar que este fenómeno no es nuevo y que constituye un renacimiento de ciertos métodos destructivos que se han empleado en muchas partes del mundo desde tiempos inmemoriales, los que en la época actual se potencian utilizando medios cuyos efectos destructivos pueden ser significativamente mayores.

El Terrorismo ha surgido en diversas formas y por motivos tan diferentes como la anarquía política, la insurrección social y la protesta religiosa. Ha sido practicado por grupos pequeños descontentos e incluso por individuos en contra de sus enemigos políticos. La existencia de sociedades secretas que cometían asesinatos en el Antiguo cercano oriente, en China e India constituyen antecedentes irrefutables de la antigüedad de estos métodos. No obstante, el ejercicio del terror, concebido como tal, elegido libremente y metódicamente preparado, empieza realmente en Rusia hacia 1879. Es en dicho momento cuando un grupo de jóvenes se reúne, confrontan sus tesis, y la mayoría decide replicar a la violencia sistemática de la autocracia con la violencia organizada.

Si bien existió terrorismo con Robespierre durante la Revolución Francesa, sin duda los hechos de mayor impacto, por sus consecuencias y porque marcan al terrorismo como una verdadera estrategia, lo constituyen el atentado que causó la muerte de Alejandro II, Zar de Rusia, ocurrido en 1881, y posteriormente, el asesinato del archiduque Francisco Fernando, en Sarajevo en 1914, cometido por un grupo de extremistas serbios, lo que se convirtió en el detonante de la I Guerra Mundial.

Paradójicamente, hubo poco terrorismo durante las dos confrontaciones mundiales, tal vez por el hecho que, en la época, la importancia política de un acto terrorista era proporcional al logro de un suficiente grado de publicidad sobre la opinión pública, lo cual no ocurriría frente al daño a la propiedad o asesinato de unos cuantos individuos, en circunstancias que en esa época cientos de miles de hombres sacrificaban sus vidas en el campo de batalla.

Después de la II Guerra Mundial el terrorismo y la guerrilla se transforman en armas empleadas por las minorías para hacer que triunfen sus reivindicaciones, o simplemente para

plantear ante la opinión pública un problema que juzgan de gravedad. Uno de los principales ideólogos del terrorismo, V. I. Lenin, hizo de éste una verdadera apología como medio válido para imponer sus ideas y conquistar el poder, señalando que para instaurar la dictadura del proletariado y lograr un sistema marxista era necesario desatar el terror en los campos y ciudades, de día y de noche, contra ricos y pobres, sean éstos hombres o mujeres.

Hasta mediados de la década del sesenta, el marxismo buscó la desestabilización de las zonas que intentaba incorporar a su influencia mediante el desarrollo de guerrillas rurales, ya que se consideraba al terrorismo urbano sólo como una forma complementaria de efectuar la guerra subversiva y de un resultado políticamente inefectivo. Sin embargo, a partir de esa época, el terrorismo urbano resurgió con fuerza a la vez que la guerra de guerrillas decreció, luego de fructificar en algunos países y fracasar en otros.

Ya en los años ochenta se presentan nuevos y ominosos sucesos, como son el surgimiento del narcoterrorismo asociado con el tráfico ilegal de drogas, el terrorismo de tipo fundamentalista y la aparición, en una escala mayor que antes, del terrorismo de Vinculación Internacional y del Terrorismo de Estado, entendido este último como aquel que patrocina o dirige un determinado país para utilizarlo como un instrumento de su política y alcanzar a través de él algunos de sus objetivos.

Al iniciarse la década de los noventa y en la medida que se acercaba el siglo XXI, el terrorismo comienza a mostrar cambios. Su acción se identifica cada vez menos como una estrategia de expresión política inserta en la lucha anticolonialista o en la imposición del cambio social radical impulsado por la ideología marxista y, en cambio, pasa a ser prioritariamente el instrumento dominado por fanáticos religiosos o por ideólogos ultraconvencidos sobre lo correcto de su misión. Así, en el caso del terrorismo religioso, aparece una suerte de creyente, armado con la certeza de la fe, que no está preocupado de la opinión pública o el cambio en la política del adversario; para él, morir mientras comete un acto terrorista que dañe a su adversario constituye la entrada al paraíso en su próxima vida.

Este último tipo de terrorismo, cuyo más reciente símbolo es el atentado del 11 de septiembre a las emblemáticas instalaciones de Nueva York y Washington, es el que debe enfrentar actualmente el mundo libre. Sus cultores le otorgan una visión de Guerra Santa o "Jihad", en la cual su objetivo no es negociar cambios -como fue el caso de los movimientos extremistas de los años 70 y 80- sino destruir la concepción occidental de la vida misma y los efectos de la globalización del mundo.

Análisis del Terrorismo.

Aún cuando no existe acuerdo sobre la definición exacta del terrorismo ya a la fecha existen más de 140 concepciones con algún grado de diferencia, sí existe consenso en que el terrorismo es empleo o amenaza de violencia; un método de combate o una estrategia para lograr ciertos objetivos; que su propósito es inducir un estado de temor en la víctima; que es despiadado y no se ajusta a normas humanitarias; y que la publicidad constituye un factor esencial en la estrategia terrorista. Más allá de estos factores comunes, las definiciones varían al igual que el carácter de los grupos terroristas, pudiendo afirmarse que no es posible encontrar un terrorismo único, puro, genuino, inmutable, sino más bien, muchísimos tipos de terrorismo que sólo tienen en común los factores enunciados.

De acuerdo a lo expuesto, es posible esbozar una clasificación del terrorismo basada en su inspiración, la que podría considerar entre otros, al terrorismo Individual que puede realizarlo personas privadas, ya sea individualmente o en grupos organizados, para aterrorizar una clase específica de la población; el terrorismo Revolucionario-Marxista inspirado por la ideología comunista en la antigua línea de Moscú, Trotshista o Maoista; el terrorismo Nacionalista-Separatista inspirado por sentimientos étnicos, políticos o religiosos; y, el terrorismo Fundamentalista, inspirado en la incompatibilidad de una concepción universal. Asimismo existen

otros tipos de terrorismo que pueden coexistir con algunos de los anteriores: el terrorismo de Estado, que busca la consecución de objetivos de un Estado patrocinante; y el terrorismo Internacional, que afecta a más de una nación y su perpetración comienza en un país y termina en otro, alcanzando a diversos Estados u organizaciones internacionales.

Asimismo, desde el punto de vista del efecto físico deseado y del escenario en que actúa, existe el terrorismo blanco que busca producir el caos mediante el daño a la infraestructura de ciudades; el terrorismo negro que busca la muerte de personas previamente seleccionadas o que por azar se encuentran en el lugar de los hechos; el terrorismo rural que desarrolla la acción en el campo para extenderla en etapas sucesivas hacia la ciudad; el terrorismo urbano que centra su accionar en los centros poblados; y el terrorismo mixto que constituye una combinación de los dos últimos.

Las características fundamentales del accionar terrorista en cuanto al personal que lo ejecuta son la eficiente preparación mediante sistemas de instrucción progresiva y la alta confiabilidad basada en la firme convicción de la causa. En cuanto a las acciones mismas, éstas se caracterizan por la seguridad y secreto en la planificación, la que se efectúa considerando explotar al máximo el factor sorpresa y la publicidad posterior al hecho, la cual al utilizar el dramatismo en la difusión correspondiente, cumple el doble propósito de constituir propaganda para la consecución de sus fines y de alarmar a la sociedad en su conjunto. Otra importante característica del terrorismo actual es la vinculación internacional, ya que al ser efectuado sólo por reducidos grupos necesita de apoyo en todas partes del mundo para realizar en forma efectiva sus actos. El terrorismo de Estado contribuye significativamente a fortalecer la mencionada vinculación internacional.

La clasificación formulada sobre la base de la inspiración del terrorismo permite deducir que los objetivos que persigue son tan numerosos como sus causas. Por ello, sólo es posible agruparlos en ciertas categorías afines como podrían ser los objetivos de tipo político, ideológico, nacionalista, económico y religioso o, en algunos casos, una combinación de ellos. Dentro de los objetivos de tipo político pueden considerarse los que persiguen el cambio de un gobierno o sistema de gobierno; los de tipo ideológico buscan la implantación de una determinada ideología, generalmente la marxista; los de tipo nacionalista pueden vincularse con separaciones de un grupo formando un nuevo estado o con la erradicación del colonialismo; los de tipo económico buscan hacer fracasar un sistema económico para implantar otro; y, los de tipo religioso, que busca imponer una determinada creencia y concepción del mundo. Sin embargo, todos los objetivos que pueda perseguir el terrorismo en la actualidad o aquellos que haya perseguido en el pasado, tienen en común el hecho que para alcanzarlos se busca en primer término imponer el terror a través de la violencia.

El terrorismo es entonces un modo de acción que utiliza la violencia. En realidad constituye una estrategia que puede ser utilizada por personas o agrupaciones absolutamente diferentes y que pueden perseguir objetivos tan diversos como los recién mencionados. No es una ideología, ya que con frecuencia es utilizado por la extrema izquierda, la extrema derecha o elementos neofascistas. No se deriva únicamente del marxismo-leninismo ni del fundamentalismo musulmán, aún cuando los defensores de esas creencias hacen uso profuso de esta estrategia. Puede surgir como un medio para iniciar un conflicto o puede aparecer en cualquier fase de una guerra, ya sea como un medio auxiliar o como una forma de abrir un nuevo frente. En general, el terrorismo constituye un instrumento utilizable como elemento principal cuando el estado de las fuerzas no permite elegir otro medio más eficaz; en cualquier otro caso, constituye sólo un medio complementario.

Los efectos reales del terrorismo deben ser cuidadosamente interpretados. A menudo se escucha a presidentes y líderes referirse al terrorismo como uno de los peligros más graves de la humanidad, comparable a los efectos de una guerra, del hambre, de las enfermedades mortales, etc. Sin embargo, el número de víctimas fatales a causa del terrorismo es tan pequeño frente a cualquiera de las amenazas señaladas, que podría cometerse una equivocación al plantearse que

sus efectos reales no son significativos y que la preocupación más bien obedece a la tendencia a magnificar la violencia política, religiosa e ideológica. La equivocación radicaría en que el terrorismo no se mide por número de víctimas ya que es un intento por desestabilizar organizaciones y sociedades y demostrar la incapacidad de los líderes que la sustentan. Si ello es posible lograr con un costo mínimo y atrayendo el máximo de publicidad, no es necesario un elevado número de víctimas, lo que no significa que deje de ser uno de los más grandes peligros que enfrenta el mundo libre.

El Patrocinio y el Terrorismo Internacional.

Como se ha dicho, el patrocinio del terrorismo constituye un instrumento de la política de un país para lograr algunos de sus objetivos, tanto en el campo interno como externo. Para ello puede valerse de una estructura terrorista que mediante la planificación y dirección del propio país actúe internamente o en el exterior; o bien, proporcionar los medios a grupos terroristas afines o con ideologías compatibles para lograr a través de ellos los objetivos perseguidos. Estos medios pueden ser dinero, armas, entrenamiento, informaciones básicas, comunicaciones, propaganda, etc.

Este patrocinio o terrorismo de estado también se ha practicado en distintas épocas. Así por ejemplo, Mussolini en los años treinta utilizó a varios grupos terroristas balcánicos para desestabilizar Yugoslavia, los que incluso asesinaron en 1934 al rey Alejandro. Pero sin duda, es a partir del término de la Segunda Guerra Mundial cuando este tipo de terrorismo comienza a escalar en importancia. Ello se debe a que el relativo equilibrio de arsenales nucleares de las super potencias produjo la regresión de las guerras de tipo clásico, ya que al escalar éstas a un conflicto termonuclear podrían haber desembocado en un holocausto total. Sin embargo, las tensiones entre las superpotencias persistieron durante toda la Guerra Fría y se manifestaron en el ámbito de la política mundial a través de un esfuerzo ofensivo político-estratégico destinado a presionar al adversario en los cuatro frentes mediante acciones que no arriesgaran una conflagración armada general. Una de estas acciones fue precisamente el terrorismo de Estado, utilizado preferentemente por los países del bloque soviético, ya que presentaban ventajas significativas por su alto valor frente al objetivo y bajo riesgo. Por otra parte, este accionar constituía también una forma de guerra a la cual las sociedades abiertas resultaban particularmente vulnerables, ya que no contaban en ese momento con una respuesta adecuada para neutralizar ese tipo de amenaza.

Aún cuando el terrorismo de estado presentaba permanentemente el riesgo de transformarse en un conflicto militar de gran escala, con las incalculables consecuencias que acarrearía una guerra en la era nuclear, resultaba muy difícil probar o comprometer el patrocinio de un determinado estado, por lo que en el mejor de los casos sólo era posible castigar a los ejecutores directos aplicando las leyes nacionales.

El patrocinio del terrorismo fue aplicado por distintos países entre los que se cuenta a la ex Unión Soviética, Libia, Cuba, Irak, Corea del Norte, Argelia, Siria y El Líbano, entre otros. No obstante, la ex Unión Soviética y Libia aparecen como los de mayor relevancia en el contexto de la Guerra Fría, ya que la mayoría de los países restantes se encontraban directamente vinculados a ellos.

La ex Unión Soviética patrocinaba el terrorismo como una forma de sustituir las fuerzas necesarias para poner a prueba la resolución de occidente y presionar al mundo no comunista sin correr el riesgo de una guerra total. Su política para derrotar al imperialismo occidental consideraba, además de vencer en el escenario principal representado por América y Europa, conquistar para sí las Naciones no soberanas y las colonias que con sus materias primas, combustibles, alimentos, recursos humanos, etc., conformaban la gran reserva y retaguardia de occidente. Para actuar en consecuencia con esta política, la ex Unión Soviética adoptó la posición de que las guerras de liberación no pueden considerarse como terrorismo mientras se mantengan circunscritas al país en cuestión, y manifestó públicamente su apoyo a ellas. Sin embargo, las guerras genuinas de liberación nacional, es decir aquellas que buscaban sacudir el yugo

colonialista, habían terminado con el retiro de los europeos y el establecimiento de los correspondientes estados independientes, por lo cual la idea de liberación nacional patrocinada por los soviéticos consistía en la desestabilización de los regímenes nativos que por sus políticas de gobierno no resultaban convenientes a sus intereses comunistas.

La ex Unión Soviética pese a rechazar oficialmente el terrorismo patrocinado por el estado, proporcionaba apoyo efectivo a diversos movimientos terroristas que operaban en distintas partes del mundo con el pretexto de ser una guerra de liberación nacional o sin él; para esto contaba con instalaciones especiales de entrenamiento en el Instituto Lenin en Moscú, en el Centro de entrenamiento Simferopol en Crimea y en otros lugares en Odessa, Tashkent y Bakú. Éstos se complementaban con campos de entrenamientos adicionales en la ex Alemania Oriental y en la ex Checoslovaquia. Asimismo, armas soviéticas de diversos tipos como los cohetes Katusha, RPG7, misiles superficie-aire Strela SAM5, etc., invadían los arsenales terroristas del mundo. Este patrocinio soviético al terrorismo les permitió alcanzar sin grandes esfuerzos algunos objetivos políticos limitados y de cierta importancia estratégica para Estados Unidos y sus aliados.

Bajo el liderazgo del carismático Muammar Khaddafi, Libia se proyectó como un prominente actor en la arena internacional por su abierto apoyo a distintos grupos extremistas, materializado en dinero, armas, apoyo moral y entrenamiento. Ello se debe a que el terrorismo que patrocina le resulta útil para lograr los objetivos de su política, los que pueden centrarse en el Panarabismo, es decir, la unificación del mundo árabe; el intento de construir una gran nación Libia en el continente africano; y la difusión del Islam en el mundo.

Como parte de los esfuerzos para unificar el mundo árabe, Khaddafi ha sostenido su derecho de interferir en los asuntos internos de los estados árabes pro-occidentales y de cualquier otra nación que de alguna forma signifique un obstáculo para el panarabismo. Asimismo, también ha estimado que la única forma de lograr la unidad es mediante un movimiento revolucionario dentro del mundo árabe, para destruir las estructuras foráneas y corruptoras que las potencias colonialistas crearon y apoyaron en su interés propio. En este contexto identifica a Estados Unidos como heredero del imperialismo europeo y principal obstáculo a la reunificación árabe en una nación única y poderosa.

En los años ochenta, el terrorismo se convirtió, para Libia, en una parte integral de su política exterior que le permitía intervenir en todo el mundo árabe, en las luchas externas o internas de los países africanos sobre los cuales desea ejercer influencia y que además le otorgaba publicidad útil para la difusión del Islam.

La doctrina Khaddafi fue la primera en sostener la legitimidad de desestabilizar cualquier nación del Oriente Medio cuya conducta o simple existencia ponga en peligro la unificación del mundo árabe. La concepción del método de lucha para lograr sus aspiraciones queda claramente reflejada en los objetivos fijados al Comando Panárabe, al cual señala que deberá enfrentar al imperialismo, especialmente al estadounidense, y trabajar para terminar con sus bases, hacer fracasar sus planes y dañar sus intereses y posiciones donde quiera que se encuentren. Asimismo le señala que debería consolidar alianzas con las fuerzas revolucionarias y los pueblos que luchan por la liberación, y estrechar los lazos de amistad con el bloque socialista que encabezaba la ex Unión Soviética.

El patrocinio libio al terrorismo se centró principalmente en las organizaciones palestinas, aun cuando también ha apoyado al Ejército Republicano Irlandés, Ejército Rojo Japonés, Separatistas Vascos ETA, Brigadas Rojas de Italia, Pandilla Baader Meinhof de Alemania y otros. Esta ayuda consideraba desde la simple retórica hasta la ayuda financiera de varios millones de dólares anuales y la capacitación en territorio libio de unos 8000 terroristas cada año. En cualquier caso, Libia ha constituido un importante santuario para terroristas y por mucho tiempo representó el patrón internacional del terrorismo, ya que no negaba su participación directa y utilizaba convenientemente sus resultados para motivar nuevas acciones, como fue el caso de la

propaganda que efectuó Khaddafi al señalar a su pueblo que un solo árabe fue capaz de matar a 300 soldados estadounidenses y vencer a la superpotencia obligándola a retirarse del Líbano.

Como se ha visto, las organizaciones terroristas no son homogéneas, no son autosuficientes ni limitan sus actividades exclusivamente a un determinado país. Necesitan el apoyo de otras organizaciones o de los estados que las patrocinan y que se sirven de ellas para ejecutar su política externa y a veces su política interna. Es así como se fue creando una red de terrorismo que ascendió a la categoría de una verdadera Confederación Universal, en la que se entrelazaron las organizaciones con apoyo de tipo marxista; las que reciben apoyo árabe proveniente de Libia, Siria, etc.; y las de apoyo vecinal mediante grupos paramilitares para el soporte logístico o ideológico.

Sobre toda esta estructura de los años ochenta estaba la ex Unión Soviética interconectada fundamentalmente con Cuba y Libia. A esta última le facilitó armamento para sus fuerzas regulares y para el terrorismo por un valor superior a los doce mil millones de dólares. A su vez Libia se interconectaba principalmente con las organizaciones terroristas de África del Norte y Medio Oriente y secundariamente con las organizaciones de Latinoamérica y Europa. Cuba se interconectaba con las organizaciones de Latinoamérica y África del Sur. A su vez Libia y Cuba se interconectaban con Nicaragua y ésta se vinculaba con las distintas organizaciones terroristas de Centro y Sudamérica. Estas interconexiones permitían la coordinación internacional del terrorismo, que a pesar de ser inicialmente de origen mayoritariamente marxista, también integraba a cualquier organización que luchara por su liberación aplicando la estrategia de desestabilización por medio del terrorismo.

El término de la Guerra Fría da paso preferente a una verdadera red internacional de terrorismo que se disemina geográficamente en el Mundo y que se centra preferentemente en Medio Oriente y Asia, encarnándose en varios grupos radicales que reciben apoyo financiero y militar de los gobiernos que los acogen.

En ese contexto, en el valle del Bekaa y en los suburbios de Beirut, en el Líbano, opera el Grupo Terrorista Hezbollah (Partido de Dios), el cual se formó a raíz de la ocupación judía de la meseta del Golán, siendo apoyado por Irán, Siria y Líbano en sus constantes ataques hacia el norte de Israel.

En Egipto opera el grupo Al-Gama'at al-Islamiyya (Grupo Islámico, GI), que en noviembre de 1997 asesinó a 57 turistas en Luxor; también en Egipto está presente el Al-Jitad, que nace de la división de Jihad, grupo extremista que en 1981 mató al Presidente Sadat y cuyos seguidores actualmente operan en El Cairo, extendiéndose internacionalmente a Afganistán, Pakistán y Sudán.

Por su parte, Libia, continúa albergando terrorismo; actualmente el grupo Abu Nidal (OAN) organiza desde ese país las acciones que materializa hacia el valle del Bekaa y los campos de refugiados palestinos en Líbano, Sudán, Asia y Europa.

En Siria opera el grupo Jihad Islámica Palestina (JIP), que ataca intereses de los Estados Unidos y de Israel en Jordania y que se ha adjudicado varios atentados suicidas. Asimismo, en ese país tienen sus bases el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), que actúa en Líbano e Israel y que se opone a los acuerdos de paz, y el Comando General del Frente Popular para la Liberación Palestina (FPLP-CG), el cual se manifiesta como un grupo opositor a Arafat.

En los territorios ocupados en Palestina opera el grupo Hamas, movimiento integrista de resistencia islámica que goza de un gran apoyo en Gaza y Cisjordania gracias a su labor de asistencia social, el cual utilizando elementos suicidas ataca objetivos civiles y militares de Israel constituyendo de hecho uno de los escollos más importantes en el proceso de paz de Medio Oriente; también opera en la región el Frente Democrático para la Liberación de Palestina (FDLP),

que corresponde a un grupo marxista que se desprendió de la Organización para la Liberación Palestina (OLP) en 1969 y que se opone al proceso de paz y al liderazgo de Arafat.

En Pakistán se encuentra la base del grupo extremista Harakat ul-Ansar (HUA), el cual actúa en Cachemira, Tadjikistán y Bosnia. Asimismo, desde Irán reciben financiamiento los grupos Hezbollah, Jihad Islámica Palestina, Al-Jihad y Al-Gama'at al-Islamiyya.

En Kurdistán opera desde 1974 el Partido de los Trabajadores (PKK), el cual materializa violentas acciones con bombas, atentados a autoridades gubernamentales y turistas, con el propósito de establecer un estado kurdo en el sur de Turquía.

En Sri Lanka opera desde 1976 el grupo de reivindicación étnica Tigres del Eelam Tamil, el cual propicia la creación de un estado en el lado occidental de la isla.

A pesar de haberse acogido recientemente a un proceso de paz, tampoco puede dejar de nombrarse al Ejército Republicano Irlandés (IRA), de tendencia católica y que opera en Irlanda del Norte luchando por la libertad del Ulster. También en Europa continúa actuando el grupo Euzkadi Ta Askatasuna (País Vasco y Libertad – ETA), el cual aplica en España modalidades de operación como los atentados con bombas, secuestros y extorsiones, todo ello en demanda de la independencia del País Vasco.

América Latina tampoco está libre del terrorismo en la actualidad. Aún persiste la acción de las guerrillas izquierdistas colombianas, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN), como tampoco se ha extinguido totalmente las organizaciones peruanas Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA) y Sendero Luminoso.

Otros grupos que completan la red internacional del terrorismo actual son el Abu Sayyaf, grupo islámico que opera en Filipinas en busca de la independencia de Basilán, isla al sur de Mindanao; el Grupo Islámico Armado, organización integrista señalada como responsable de las peores matanzas del último decenio en Argelia; el Movimiento Islámico de Uzbekistán, coalición de grupos cuyo fin es instaurar un Estado islámico en la antigua república soviética; el Grupo de Lucha Islámica Libia, que busca derrocar al líder libio, Moammar Jaddafi; Al Itihad al Islamiya, grupo al que las autoridades de Etiopía consideran financiado y armado por Eritrea; Ejército Islámico de Adén, afiliado a la Jihad, con ramales en Egipto, Líbano y los territorios palestinos, con el propósito de combatir el secularismo en Yemen y los países árabes; Grupo Salafista para la Predicación y el Combate, que surgió en 1998 como escisión del Grupo Islámico Armado; y el Asbat al-Ansar, movimiento islámico que opera en los campamentos de refugiados palestinos en Líbano, donde disputa el control a Al Fatah.

En el listado precedente se ha excluido a los grupos que aparecen directamente vinculados al atentado del 11 de septiembre en los Estados Unidos. Ellos son el grupo "Al Qaeda" (de Osama bin Laden), el cual cuenta con células activas en 50 países y mantiene sus campos de entrenamiento y su base principal en Afganistán; y el grupo Talibán, el cual constituye uno de los pocos casos en que un movimiento terrorista llega al poder, lo cual se concretó en 1996 cuando "los estudiantes del Corán" tomaron la capital de Afganistán, Kabul, y lograron controlar las tres cuartas partes del territorio. El gobierno Talibán apoya al grupo "Al Qaeda" amparando en calidad de huéspedes a sus integrantes y, particularmente, a su líder Osama bin Laden.

Las Acciones contra el Terrorismo.

En general existe un cierto grado de consenso en que mientras el terrorismo se mantenga en el nivel de ser solamente una molestia, las sociedades democráticas tratarán de combatirlo, en el plano internacional, mediante acciones políticas de diversa índole. Una vez que el terrorismo vaya más allá de ese nivel, cuando realmente comience a afectar el funcionamiento normal de la sociedad, habrá una presión abrumadora sobre el gobierno para que elimine la amenaza por todos los medios disponibles.

Las acciones políticas para contrarrestar el terrorismo incluyen la condena de el o los ataques sufridos, sin considerarse ningún acto físico de represalia hacia los propiciadores. En este contexto pueden incluirse los acuerdos que se logren para la cooperación con otros países, como por ejemplo el intercambio de información, la extradición de terroristas, etc. También la acción diplomática, la publicidad preventiva y las acciones en el campo económico suelen ser utilizadas. Sin embargo, la falta de reacción física se interpreta normalmente como un síntoma de debilidad y los ataques se hacen más frecuentes y más crueles. El Terrorismo se manifiesta comúnmente mediante una acción flexible que mediante una continua medición de efectos busca averiguar hasta que punto la víctima resistirá sin reaccionar físicamente.

En el campo de las acciones políticas, no ha resultado adecuado el uso de los organismos internacionales para contrarrestar el terrorismo, ya que su estructura institucional hace difícil la concreción de acciones eficaces. Tampoco el derecho internacional contrarresta esta amenaza, por lo que la única forma eficaz de combatirla sin acciones físicas, parece estar constituida por la actuación coordinada de todas las naciones democráticas, que a través de políticas comunes enfrenten en todos los campos a los patrocinadores del terrorismo restándole toda la libertad de acción y sus posibilidades de éxito.

El campo de las medidas activas puede dar mejores resultados. Éstas consisten en una represalia física contra el patrocinador del terrorismo del cual se es víctima. Para materializar esta represalia existen básicamente dos caminos: Las operaciones clandestinas y la acción militar.

Las operaciones clandestinas, en este contexto, consisten en responder frente a cada acción terrorista patrocinada por un determinado estado, con otra acción de similares características que busquen efectos levemente superiores, en el territorio del país patrocinante. También se incluyen en esta categoría las acciones dirigidas a la estructura terrorista que ejecutó la acción inicial, aún cuando ésta no se encuentre físicamente en el país patrocinante.

Este tipo de operaciones, también conocida como contraterrorismo de estado, obliga al país víctima a desarrollar una capacidad adecuada para materializar este tipo de acciones, las cuales se vuelven mucho más difíciles en sociedades cerradas que en países democráticos. Por otra parte, la concepción moral que inspira la legislación de muchas naciones occidentales impide efectuar este tipo de operaciones o a lo menos restringe su accionar. No obstante lo anterior, las operaciones clandestinas constituyen un eficaz método para rechazar el terrorismo patrocinado por un estado y que amenaza a los habitantes y a la infraestructura de una determinada nación, ya que posee las mismas ventajas del terrorismo; es decir, es un método de bajo costo que reduce las posibilidades de un conflicto generalizado y que en este caso permite castigar a los culpables de la violencia.

La acción militar como represalia al terrorismo patrocinado por un estado conlleva evidentes riesgos como son el hecho de que un incidente local puede transformarse en un conflicto internacional; que muera gran cantidad de inocentes; o que a los autores de la represalia la comunidad internacional los culpe de ser los instigadores de la violencia. Por ello, este curso de acción debe adoptarse luego de llegar al absoluto convencimiento que el hecho de abstenerse de materializar la represalia traería funestas consecuencias, y que el enfático apoyo de la opinión pública hacia esta alternativa no puede ser pasado por alto impunemente. Esto es especialmente válido para las grandes potencias que por la importancia de sus acciones cuentan con un menor grado de libertad de acción que los países más pequeños. No obstante, debe tenerse presente que a veces el empleo limitado, por una sola vez de la fuerza militar puede dar excelentes resultados. Tal fue el acaso del ataque estadounidense a Trípoli y Bengazí, que sirvió como advertencia efectiva e incluso como castigo a Libia, demostrando en forma clara que Estados Unidos estaba dispuesto a utilizar la fuerza militar para quebrar el terrorismo. Asimismo esta acción sirvió para que los países europeos aclararan su posición respecto al terrorismo Internacional. La lección fue rápidamente aprendida por Khaddafi y las acciones terroristas decrecieron ya que se arriesgaba a enfrentar a una superpotencia. Sin embargo, puede que la racionalidad no siempre opere con tanta lógica en los patrocinadores del terrorismo que cuentan o creen contar con apoyos importantes y

con la fuerza sobrenatural de sus creencias; y en ese caso, el peligro de un conflicto mayor está presente y constituye el riesgo que se debe evaluar al decidir la alternativa de la acción militar.

Con esa experiencia, frente a los hechos del 11 de septiembre recién pasado, los Estados Unidos han decidido iniciar una acción militar destinada a eliminar la amenaza terrorista, la cual se presume que será larga y costosa. El Presidente Bush, como conductor político, no podía actuar de otra manera, ya que una reacción limitada equivaldría a quedar permanentemente expuesto a una escalada terrorista cuyos objetivos se transformarían en demandas crecientes e inaceptables; asimismo, una reacción inmediata, violenta y poco preparada también habría resultado favorable para los objetivos terroristas, ya que sin duda se habría cometido errores e involucrado una mayor cantidad de personas inocentes, lo que favorece un creciente sentimiento antiestadounidense a nivel mundial.

La respuesta de los Estados Unidos, sin bien presenta el riesgo de una eventual Guerra Santa del mundo islámico contra occidente, parece ser la mejor opción disponible en el contexto de una estrategia total.

Asumida casi de inmediato la decisión de enfrentar y erradicar al terrorismo fundamentalista, la Superpotencia se orientó a preparar su frente interno afiatando el sentido de unidad nacional a través de un cuidadoso manejo comunicacional y la promesa de que la agresión no quedaría impune, lo cual se ajusta plenamente a la idiosincrasia del estadounidense medio. Esta campaña fortaleció la unidad política con lo cual el Primer Mandatario recibió el apoyo incondicional de todos los sectores, a la vez que le permitió advertir a la población que la campaña militar no estaría exenta de bajas ni de dificultades mayores, previniendo así la repetición del llamado "Síndrome de Vietnam" en la opinión pública y la aceptación de las restricciones individuales que deban implantarse para evitar nuevas acciones del terrorismo.

Por otra parte, si bien los Estados Unidos parecen contar con la capacidad estratégica para actuar unilateralmente si las circunstancias lo requieren, la maniobra externa desarrollada ha sido uno de los factores más notables. En primer término logró concretar una coalición a nivel mundial en contra del terrorismo, en la cual con diversa intensidad participan todas las grandes potencias, incluida Rusia y China. Con ello Estados Unidos obtiene un importante grado de libertad de acción, a lo que se suma el apoyo de la mayoría de los países musulmanes, que en algunos casos han comprometido la utilización de su territorio y el espacio aéreo, asumiendo así que la guerra emprendida no es contra el Islam, sino contra un grupo terrorista fundamentalista.

En el campo económico, además de las medidas tendientes a solventar la operación militar, los esfuerzos se han centrado en aislar financieramente a los grupos terroristas identificando las principales organizaciones y personas sospechosas de estar asociadas con ellos, logrando la cooperación de todos los bancos e instituciones financieras del mundo en el sentido de congelar sus activos y no materializar transacción alguna desde sus cuentas.

El campo bélico ha tomado el tiempo necesario para preparar las operaciones, ha identificado sus objetivos principales, ha materializado su despliegue y ha configurado la organización de la coalición internacional, de manera tal de aplicar la fuerza en forma puntual -los llamados ataques quirúrgicos- y, a la vez, apoyar humanitariamente a la población inocente que pueda verse afectada.

Aún cuando es casi seguro que Estados Unidos y Occidente vencerán finalmente al terrorismo fundamentalista, se ha asumido un riesgo muy importante ya que no puede descartarse una realineación de algunos países musulmanes y una eventual escalada al nivel de Guerra Santa. Asimismo es posible que existan nuevos atentados en contra del frente interno norteamericano, a lo cual podría agregarse la utilización de agentes químicos contra la población civil y una extensa prolongación de las operaciones militares contra un enemigo que no da la cara y que puede estar en cualquier parte. Con todo, la decisión estadounidense parece ser la mejor opción disponible para enfrentar esta nueva amenaza centrada en la incertidumbre y el terror.

Conclusiones.

- El terrorismo constituye una estrategia que puede ser utilizada por distintas personas, grupos o países para alcanzar sus respectivos objetivos.
- Los efectos del terrorismo no deben medirse por el número de víctimas o el grado de destrucción que produce, sino por los objetivos políticos que obtiene mediante la publicidad de sus acciones y el desconcierto y la escisión que logra en el bando adversario.
- A partir de la Segunda Guerra Mundial y debido al equilibrio nuclear de las superpotencias, el terrorismo de estado adquiere una importancia creciente al manifestarse como un instrumento de la política especialmente eficiente para actuar en el estrecho margen que permite la disuasión nuclear.
- Los principales cultores del terrorismo de Estado en las últimas décadas de la Guerra Fría fueron la ex Unión Soviética y Libia. A través de este modo de acción lograron determinados objetivos políticos que aunque limitados afectaron a los Estados Unidos y sus aliados.
- El apoyo de los países que patrocinan el terrorismo abarca la preparación de líderes, la instrucción y el desarrollo de la capacidad de organización, la ayuda financiera y de armas y la propaganda debidamente canalizada para que en lo posible no comprometa al estado patrocinante.
- El terrorismo marxista identificó y apoyó las causas de la independencia, la libertad o la igualdad; para posteriormente ejercer su influencia concentrando el poder en líderes que le eran ideológicamente afines, ya que de esa forma ampliaba su área de dominio.
- Determinadas redes conectan al terrorismo mundial logrando coordinar acciones y apoyo entre las distintas organizaciones existentes.
- Existen básicamente tres métodos para combatir el patrocinio del terrorismo por parte del país víctima. El primero se limita a distintas acciones de orden político que buscan sancionar, sin empleo de violencia, al estado patrocinador; el segundo consiste en responder con contraterrorismo en territorio del patrocinante y/o destruyendo la estructura ejecutora de la acción inicial donde quiera que se encuentre; y el tercero implica una acción militar limitada contra objetivos en el país patrocinante.
- La ejecución de acciones políticas que no incluyen el empleo de la fuerza resulta ineficaz para contrarrestar el terrorismo patrocinado de estados, a menos que dichas acciones se efectúen coordinadamente y encabezadas por la superpotencia.
- El empleo de contraterrorismo para eliminar el terrorismo de estado puede resultar eficiente, pero obliga a desarrollar esta capacidad y en algunos países a modificar la legislación vigente.
- La historia del pasado reciente demuestra que el empleo de una acción militar limitada puede dar excelentes resultados. No obstante, este tipo de acción conlleva el riesgo de escalar y transformarse en un conflicto internacional no deseable en la era nuclear.
- La respuesta militar de los Estados Unidos frente al terrorismo fundamentalista que lo afectó el 11 de septiembre pasado, sin bien conlleva importantes riesgos, parece ser la mejor opción disponible en el contexto de una estrategia total. Actuando coordinadamente con sus cuatro frentes ha logrado una importante libertad de acción y el apoyo mayoritario de casi todos los países del mundo.

* Capitán de Navío IM. Oficial de Estado Mayor. Magíster en Ciencias Navales y Marítimas. Magíster en Ciencia Política Integrada. Profesor de Geopolítica de la Academia de Guerra Naval. Investigador Asociado al Centro de Estudios Estratégicos.

BIBLIOGRAFÍA

- *Fuentes Wendling, Manuel: "Terrorismo Comunista", Ediciones E.C.O.S, 1981.*
- *"Libia, La Ayuda a Grupos Terroristas y de Oposición Clandestina". Revista F.D.I., Vol. III, N° 2.*
- *César Bartolomé, Mariano: "Osama Bin Laden y la Privatización del Terrorismo", CARI, 2001.*
- *Annan Kofi: "Unidos contra el Terrorismo", O.N.U. El Mercurio (S). 23. Sep. 2001.*
- *Soto G. Pablo y otros: "EE.UU. Arriesga una Guerra Santa", El Mercurio (S) 21. Sep. 2001.*
- *Barría Reyes, Rodrigo: "El Nuevo Rostro del Terror", El Mercurio (S). 30. Sep. 2001.*
- *Carvalho, Mauricio: "A la caza de Bin Laden", El Mercurio (S). 30. Sep. 2001.*
- *Informaciones de Prensa entre el 12 de septiembre y el 9 de octubre de 2001.*